

Macías Lubkov



y la Magia Infinita

Jaime Cancela Bosi

Para Rodri. Porque sin ti esta aventura no hubiese iniciado ni hubiese sido posible nuestro fantástico viaje. Gracias por haberte arrojado a través de portales a descubrir mundos desconocidos, a luchar por ideales, con triunfos y derrotas, con aciertos y errores, con encuentros y desencuentros. En todo momento fuiste compañero, cómplice, el primero y más importante de los lectores, el primero y más importante de los críticos, y la razón para seguir adelante.

A todos quienes se sentaban alrededor de aquella enorme mesa, en la casa de Chimborazo. Por hacerme un lugar allí, reconfortando mi alma, en una época en que buscaba portales. Y especialmente a los entrañables amigos que allí forjé y que no dudaron en acompañarme en mi búsqueda. Esa casa, esos amigos y esa búsqueda, han sido fuente de inspiración imprescindible y permanente para esta historia.

Para toda mi familia y todos mis amigos, que, de diversos modos, están siempre presentes y alimentan lo que escribo. Para ellos, especialmente perdón, porque sé que al embarcarme en este viaje dejé de dedicarles tiempo, pero fundamentalmente gracias, por haber comprendido que necesitaba hacerlo.

Para CHolo Gómez. Porque aceptó y supo ser el faro que guio mi camino.

Geo, veinteavo día del doceavo mes

No sé quién eres, en qué lugar vives, ni por qué tienes este manuscrito en tus manos. Pero la buena noticia es que difícilmente hubiese llegado hasta ti, si alguno de nosotros tres, Maira, Mendo o yo, no hubiese logrado salvarse.

Viajamos toda la noche para no ser descubiertos y nos escondimos cuando amaneció. Durante la madrugada intentaremos tomarlos por sorpresa. Será nuestra única oportunidad. Pero, si te digo la verdad... no creo que lo logremos.

Le confesé a Maira que ella tenía razón. Que solo soy «un niño llorón y cobarde». Le dije que tengo miedo, que no puedo compararme ni con ella, ni con Mendo. Pero ella, que siempre tiene una respuesta para todo, tanto cuando quiere herirte como cuando quiere hacerte sentir bien, me respondió: «Si no tuvieses miedo de enfrentarte a él, serías un loco. Y yo no tengo un amigo loco sino a ti, que aunque derrames lágrimas, igual lo enfrentas. No te lo he dicho antes, ¡y ni sueñes con que te lo vuelva a decir! Tu corazón es el más valiente que conozco».

Espero que no se equivoque. No quiero fallarle, ni a ella ni a todos los que confían en mí.

Ahora Maira y Mendo están durmiendo. Yo quise hacer la primera guardia. De todas maneras, me sería imposible dormir. Es tanto lo que me ocurrió, que todo da vueltas y más vueltas en mi cabeza, porque no podría haberlo imaginado ni en el sueño más genial ni en la pesadilla más espantosa, y me doy cuenta de que ya no soy el mismo.

Quiero terminar de escribir mi historia antes de que nos vayamos de aquí y dejarla escondida. Le voy a pedir a Maira y a Mendo que me prometan que, en caso de que ellos sobrevivan y yo no, volverán a buscarla para que se sepa el terrible secreto que descubrimos. Ojalá eso ayude a que La Restauración continúe su lucha si hoy nos derrotan.

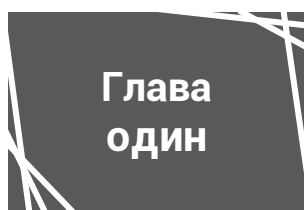
Soy Macías Lubkov, hijo de Gadea. Y hasta hace muy poco tiempo era solo un adolescente más que vivía en un pueblo pequeño a orillas de un gran río llamado Uruguay.

NOTA: Querido abuelo, no sabes cuánto te extraño. Cuántas cosas comprendo ahora... ¡Cuánto entiendo tus historias y por qué no respondías a mis preguntas! No estés triste, ni te sientas mal. Me dejaste ir porque era mi destino. Aquí y allí soy un Lubkov, y soy el hijo de Gadea. No puedo escapar de ello, y ahora que lo sé tampoco quiero escapar.

En estas hojas cuento todo lo que ocurrió desde el último día en que estuvimos juntos.

Espero que lo recibas, ya que le pediré a mis amigos que también me prometan que harán lo posible para hacértelo llegar.

Por favor, léeselo a abuela y dile que la amo mucho. Sé que ella entiende.



Capítulo 1

Todo lo que podía salir mal, salió peor

—Macías..., ¿a dónde vas tan apuradito? —Su estúpida voz burlona resonó a mis espaldas.

Apenas era el primer día luego de las vacaciones de primavera. Esa mañana, otra voz me había hecho despertar sobresaltado:

—Levántate. Hoy tendrás un día fantástico —me había dicho, y al notar mi duda, insistió—: ¡Vamos ya! ¿Qué esperas? Será un día increíble.

No creía que volver a clases fuese «increíble», ni «fantástico» ni nada de eso. Pero la verdad es que si de algo puedo presumir es de tener un sexto sentido, porque escucho una voz interior que me avisa cuando algo va a suceder. Lástima que se equivoca respecto a qué y a cómo será. Por hacerle caso, me suele ir mal. Muy mal.

Pensé que no debía escucharla. Era mejor seguir durmiendo. Total, una falta no iba a hacerme perder el año. Pero claro... siempre lograba convencerme.

Así que salí rumbo a la secundaria con la esperanza de tener un buen inicio de clases. Y de verdad, creía haberlo logrado. Todo un día sin que nadie me molestase. Era una señal de que el último tramo del año sería mucho mejor. Esta vez mi voz no estaba errada. Y entonces, esa otra voz a mis espaldas sacudió a mi sexto sentido.

¡Cómo podía haber sido tan tonto para imaginar que Jorge se olvidaría de mí! Ni él ni ellos, que nunca dejaban de festejarle todo lo que él hacía.

—M... m... mi abuelo me me está esperando —respondí, apenas girando un poco la cabeza, mientras apuraba el paso. Pero claro, fue peor.

—n... n... no... t.. te entiendo. ¡JUUUAAAA! —rió Jorge, y tras su risa, como siempre, pude escuchar varias risas más, y ese estúpido e insoportable parloteo.

—Mi abuelo me espera —logré decir de corrido y apenas más fuerte.

—¿Y quién más podría esperarte? ¿Acaso despertó la momia de tu abuela? —respondió Jorge. Esta vez su burla fue seguida de un gran silencio.

Detuve mis pasos. No podía dejar pasar por alto aquel insulto. Ahora sí que Jorge se había sobrepasado. Me di vuelta lentamente, con los puños apretados. La humedad en mis ojos era tal, que veía borrosos a los compañeros de clase que permanecían algo más atrás. Él caminaba hacia mí, pero yo me mantuve firme, con la mirada fija en sus ojos. La primera lágrima se deslizó suavemente por mi mejilla, pero logré ignorarla y dejé que la bronca me invadiese. Quería olvidar que él era mucho más alto y fuerte que yo. Me había hecho la vida imposible durante todo el año y ahora, costase lo que costase, le haría pagar por eso.

Por un segundo Jorge se detuvo. Tal vez impresionado porque nunca me había visto reaccionar de este modo; tal vez dándose cuenta de la maldad de su comentario. Luego continuó avanzando, pero ya no reía. Apoyó su mano en mi hombro. Yo mantuve mis puños apretados.

—Perdón —dijo arrepentido, y añadió —: No quise ofenderte, ¿me perdonas?

Yo estaba confundido. Nunca antes había sentido el valor de enfrentarlo y ahora...¿esto?

Pensé en lo que diría mi abuelo: que evitara las peleas, que el enojo nunca es un buen consejero, que hay que intentar ver el lado bueno de las personas...

—Por favor, ¿me perdonas? —insistió Jorge.

—Está bien —murmuré, con desgano.

—Eres bueno —dijo él, y mientras se daba vuelta para irse, añadió—: No te molestaré más.

—Olvidalo. Vuelve a casa ya —dijo mi voz interior.

Haciéndole caso di la vuelta para continuar mi camino, y fue en ese instante cuando sentí un empujón de tal fuerza que me hizo volar un par de metros para caer justo dentro de la cuneta.

Inmediatamente escuché las carcajadas que se alejaban mezcladas con el mismo insoportable murmullo con el que me habían fastidiado durante todo el año escolar.

Demoré unos segundos en reaccionar. Lo inesperado de lo sucedido, la enorme fuerza del empujón y el contacto con el agua de la cuneta habían generado tal desconcierto en mí que había desaparecido ese único instante de valentía.

—¡Pero por qué me dijiste eso! ¡Y yo sigo haciéndote caso! —rezongué instintivamente a mi yo interior, en voz alta.

Me incorporé, sintiendo cómo se escurría el agua verde y fangosa. De a poco levanté la vista, solo para que mi día se convirtiese en una pesadilla aún peor de la que ya era. A escasos metros, junto a su amiga Milenka, se encontraba Catalina. Ella no reía, pero cuando la miré, mordió su labio inferior y meneó la cabeza con lentitud. Sin ser capaz de sostener la mirada, me concentré en un sapo que, cerca de mis pies, también parecía rehuir mi presencia, alejándose rápidamente a los saltos y pisando mi celular que había caído un poco más adelante.

—No puedo creer que permita que le hagan esto —dijo, como si yo no pudiese oírla.

—¡Es que es un tonto! —le respondió Milenka y luego remató—: Tan tonto como su nombre. A quién se le pudo haber ocurrido llamarlo «Macías». Bueno, en realidad basta con mirar la casa ridícula donde viven para saber que nadie en esa familia está muy bien de la cabeza.

Tuve el presentimiento de que Catalina me defendería, como lo había hecho alguna vez. Catalina era diferente a los demás. Con ella hablábamos en ocasiones; hasta nos sacamos una selfie un día. Era simpática y te miraba con esos ojos...

Entonces caí en la realidad. Mi convicción, como ya imaginarás, había sido tan absurda como seguir haciéndole caso a mis presentimientos. La defensa que tanto quería escuchar, no fue más que el sonido de pasos alejándose. Me quedé solo, en silencio, bajo el sol venenoso del mediodía, que comenzaba a secar mi ropa haciendo más intenso el olor y las manchas de barro mohoso, pero sin ser capaz de evaporar las lágrimas que, una a una y sin apuro, iban cayendo al piso luego de recorrer mi cara.

...

—Olvidalo ya. Debes volver a casa —insistió mi voz interior.

Dime, ¿qué harías tú en mi situación? Seguro que no hacerle caso, ¿verdad?

Si mi voz interior insistía en que debía ir a casa, algo estaba por ocurrir. Pensando en cómo me iba cuando seguía sus consejos, lo normal hubiese sido ponerme en marcha lo antes posible... ¡en la dirección contraria! Pero, por alguna razón inexplicable, siempre me dejaba llevar por esa intuición. Es que mi vida y yo mismo no teníamos nada de normal.

¿Qué puede tener de normal vivir en San Javier? Una colonia de rusos, perseguidos por un Zar que, en su huida, hace más de un siglo, terminaron en Uruguay. Al otro lado del mundo.

Vivir en este pueblo es como vivir en un mundo diferente. Se sigue enseñando el idioma ruso en la escuela y se mantienen las tradiciones, los bailes, las comidas típicas de Rusia, los apellidos... Yo soy Lubkov, mi abuela, Popov, y así, la gran mayoría. Por ejemplo, el apellido de Catalina es Tarasenko, y sus ojos verdes... y su pelo rubio y largo... y su piel, bien blanca y suave...

Perdón, perdón. No pienses mal. Lo que quiero decir es que aquí, los apellidos, los nombres y los rasgos físicos suelen ser rusos. Y si bien cada tanto viene a vivir alguien de afuera, que es distinto, como Jorge que es Márquez, ¡yo soy un Lubkov! Debería llamarme como todo el mundo. Debería verme como todo el mundo. Pero no. Me llamo Macías. Mi piel es cobriza, y a pesar de ello me pongo rojo cuando tengo vergüenza, ¡y lo detesto! ¿Cómo te puedes poner colorado si tu piel es cobriza? Además, mis ojos son grises. Pero uno es un poco más oscuro que el otro. Aunque no lo creas, sus colores varían según la luz, la humedad o qué se yo... Y a veces uno se oscurece y el otro se aclara. La gente me mira como a un bicho raro. Bueno, más raro todavía. Por eso me dejo un jopo y lo peino para que tape uno de mis ojos, así no se nota la diferencia. También lo dejo medio largo en los costados, para cubrir un poco las orejas que son anormalmente redondas. Claro que mi pelo tampoco es muy ruso que digamos. Es tan negro que suele verse azul y todos creen que me lo tiño.

En definitiva, de ruso solo tengo el apellido, y de criollo, tengo menos aún. Ni siquiera nací en Uruguay. No me parezco a nada en este mundo. Como si fuese poco, mis padres fallecieron hace ya catorce años, cuando yo tenía apenas unos días de haber nacido. Me crié con mis abuelos. Casi diría que con mi abuelo, porque mi pobre abuelita hace años que enfermó y está postrada en una silla.

Como verás, de normal, nada. Y eso que no te conté todo. Pero dejémoslo por ahí, para volver al relato...

De a poco subí la vista. Por suerte, ahora estaba solo. Era lo mejor que podía ocurrirme.

Di un par de pasos y levanté mi celular. Seguía funcionando, pero no sé decir si fue más fuerte la alegría o el enojo. Increíblemente, con el golpe, se había abierto la galería de imágenes, y me encontré con la cara de Catalina, sonriendo junto a la mía, como si fuese otra burla. Tuve el impulso de borrarla, y creo que lo hubiese hecho de no haberme hablado mi voz interior.

—Olvidalo ya. Debes volver a casa —insistió.

Caminé los diez metros que restaban para llegar a la esquina y giré a mi izquierda, para transitar la última cuadra del pueblo. Tal vez parezca una tontería, pero hablando de cosas raras en mi vida, había descubierto que esta calle era la única que no tenía nombre en Google Maps.

Es más, si buscas San Javier en Google, verás que al final de la calle sin nombre, algo sesgado hacia la derecha, inicia un camino que se extiende casi un kilómetro y que termina abruptamente en medio de la nada. Pues allí vivo yo.

Y mientras me empeñaba en pensar qué significado tendría vivir al final del camino que no lleva a ninguna parte y que inicia desde la calle sin nombre, comencé a recorrerlo, absorto en contemplar el paisaje y en pensar cómo la geografía de aquel lugar también tenía mucho que ver con las extrañas historias que me rodeaban. De no haber sido por esta geografía, y también gracias a un aguará guazú, posiblemente yo no hubiese existido.

Es que, según me contó mi abuelo, cuando mi padre tenía poco más de un año, Uruguay se encontraba gobernado por una dictadura militar, que se aproximaba a su final. Los militares pensaron que una colonia de rusos era un sitio ideal para «descubrir» enemigos comunistas. Eso les podía dar una buena publicidad que les ayudase a mantenerse en el poder.

Fue así que inventaron la existencia de terroristas y conspiraciones. Dijeron que por el río llegaban submarinos comunistas, y hasta detuvieron a algunos campesinos, a los que los obligaron a confesar que tripulaban esos submarinos. ¡Ridículo! Apenas manejaban un tractor. Pero lo anunciaron por los medios de comunicación de la época, y comenzaron a detener personas al azar.

San Javier vivió un período terrible. Algunas noches llegaban vehículos con militares a llevarse personas que luego eran encarceladas e interrogadas durante horas o días. Esto llegó a ser tan frecuente que en el pueblo todo el mundo se acostumbró a dormir vestido, para no ser llevados en ropas interiores.

Las cosas se pusieron aún peores. Había miedo. Nadie quería hablar, pero corrían rumores, de torturas, de muertos, de desaparecidos, de bebés secuestrados y entregados a otras familias...

Siendo Yuri, mi papá, un niño tan pequeño, mis abuelos se juraron que no se dejarían detener. Aprovechando que la única forma de llegar a la casa es por este camino, cada noche se turnaban haciendo guardia frente a la ventana del comedor, desde donde se podía divisar incluso el final del pueblo. Mientras uno dormía junto a mi padre, el otro se mantenía atento. Así, noche tras noche. Hasta que una vez, mi abuela Sofía vio las luces de los vehículos que ingresaban al camino.

¡No había tiempo que perder! Enseguida dio la voz de alerta:

—¡Vladimir! ¡Vladimir! ¡Ahí vienen! —gritó, y corrió inmediatamente hacia el cuarto.

El abuelo dormía, pero con medio ojo. Así que saltó de la cama. Tal como lo tenían planeado, alzó a mi papá y lo envolvió en una frazada, tomaron una mochila que siempre estaba preparada, salieron corriendo por la puerta del fondo, atravesaron todo el campo de la granja y se internaron en las márgenes del río Uruguay, donde hoy es el Parque Nacional de Esteros de Farrapos.

Esa zona está llena de islotes que se inundan frecuentemente por las crecidas del río. Es realmente difícil transitar allí, mucho más en la noche. Son kilómetros y kilómetros de matorrales y monte, pero también de bañados y pantanos, repletos de insectos y animales.

Mis abuelos, sin dudarlo, se internaron en los esteros. Avanzaron a oscuras, con la esperanza de que los militares no los viesen, o al menos decidiesen no perseguirlos por una zona tan inhóspita. Pero no fue así. A los pocos minutos vieron el resplandor de sus linternas, sintieron sus voces, el ruido de las botas chapoteando, y para colmo de males, el ladrido de sus perros de rastreo.

El camino se hacía casi imposible. No sabían muy bien dónde pisaban y en cualquier momento podían hundirse en el río o en un pantano. Los ruidos y las luces cada vez se acercaban más.

Si ser detenidos era algo muy malo, ser detenidos intentando huir era algo muchísimo peor. Cuenta mi abuelo que cuando ya se sentían perdidos, llegó a divisar un aguará guazú. Era muy raro poder encontrar alguno. Y entonces ocurrió el milagro. El aguará guazú, que conocía de sobra el territorio, pareció guiarlos. Avanzaba rápidamente por los senderos correctos, pero al mismo tiempo se iba deteniendo cada tanto, como si los esperase a propósito para que no lo perdiesen de vista. De este modo lograron alejarse de sus perseguidores, que terminaron desistiendo.

Pero aún la odisea no había terminado. Ellos no podían arriesgarse a volver al pueblo. Menos, luego de haber burlado al ejército.

Fue entonces que tomaron una decisión, ayudados otra vez por la geografía. Ocurre que el río Uruguay es el límite con Argentina. En el país vecino, la dictadura había finalizado recientemente, por lo que era un lugar mucho más seguro para estar.

Pensando en que la mejor posibilidad que tenían era cruzarlo, esperaron hasta las primeras luces del alba y se acercaron lo más posible a la orilla. Sabían que los pescadores del pueblo, muchos de ellos amigos de mi abuelo, salían de pesca temprano. Así que esperaron hasta que uno pasó por el lugar, le contaron lo ocurrido y lograron huir en su bote al otro margen del río.

Debo decir que mi abuelo, tal vez por sus años, tiene una especie de memoria selectiva. Si le pregunto sobre su niñez en San Javier, sobre la secundaria, sobre cómo conoció a mi abuela, o cómo fue vivir durante la dictadura, es capaz de contarlo todo una y otra vez, con lujo de detalles. Sin embargo, sus recuerdos sobre lo que ocurrió en Argentina, sobre cómo lograron llegar hasta la embajada rusa y desde allí pudieron viajar a la tierra de sus antepasados, o cómo fue vivir en aquel país, son confusos. Pierde los detalles, cambia las fechas, o los eventos.

Es más, cada vez que intento averiguar nuevas cosas respecto a aquella época, él responde mis preguntas, pero haciendo un gran esfuerzo por recordar, nervioso y hasta molesto. Seguro que no debe resultarle agradable intentar recordar algo y darse cuenta que no le es posible. Debe tener miedo de estar volviéndose chocho.

Yo no lo creo. Pienso que no debe querer recordar una época tan difícil. Sobre todo, porque en Rusia las cosas tampoco salieron bien, y terminaron mucho peor: con mi papá y mi mamá muertos en un accidente de tránsito, cuando yo recién había nacido.

Sobre esto menos me cuenta, es muy doloroso. Eso lo comprendo: perder a sus dos hijos es terrible, porque mi padre nació mellizo, pero en el parto, su hermana falleció. Mi abuelo dice que prefiere recordar las maravillosas personas que eran mis padres y no deja de añadir que soy igual a ellos, y de preguntarme «¿te dije alguna vez qué te amo mucho?». Esto último lo repite a cada rato, aunque no le haya preguntado nada. La verdad es que ya me resulta un poco vergonzoso.

—Sí abuelo... Me lo dijiste un millón de veces —le respondo cada vez, con mi mejor voz de «ya me tienes cansado». Pero él parece no darse cuenta de mi tono y se queda sonriendo.

Ya te lo dije: no creo que mi abuelo esté chocheando, ¡pero en esos momentos...! Y también lo dudo cuando pienso en lo que hizo al volver de Rusia.

Después de que mis padres fallecieran, mis abuelos decidieron volver a Uruguay. Hacía años que el país vivía en democracia y pudimos llegar sin problemas y sin riesgos a San Javier.

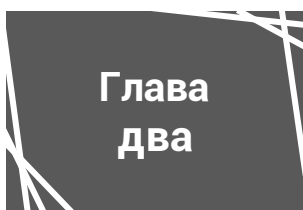
Para su sorpresa, la casa estaba como la habían dejado la noche de la huida. Eso sí, totalmente abandonada y deteriorada ya que, extrañamente, nadie la había ocupado en todos esos años. Era una especie de casa fantasma del pueblo.

La gente que los había conocido pensaba, sin decirlo, que la familia Lubkov estaba muerta, que eran tres personas más en la larga lista de desaparecidos que había dejado la dictadura. Por eso, la sorpresa de verlos regresar fue enorme.

No bien nos instalamos, mi abuela y mi abuelo pusieron manos a la obra. ¡Había mucho para hacer! Por suerte, se llenó de algunos viejos amigos y muchos nuevos vecinos, que se acercaban a ayudar un poco y a curiosear mucho más.

Así, unas semanas después, la casa estaba pronta. Habían trabajado durísimo, y todo se veía muy bien.

Entonces... ¡mi abuelo pintó la casa!



Capítulo 2

Mi abuelo pintó la casa a triángulos marrones y amarillos y le puso una bandera. ¡Nooo!

De pronto me encontré en el final del camino. Estaba tan absorto repasando la historia familiar, que hasta me sorprendió la forma abrupta en la que concluía.

Era como si todos los trabajadores que lo habían construido hubiesen desaparecido repentinamente, y el camino (que vaya a saber hacia qué destino se dirigía) hubiese quedado inconcluso allí mismo, en medio del campo.

Desde ese sitio nacía un pequeño sendero que se dirigía hacia una loma, ubicada a unos doscientos metros a la derecha. Sobre ella lucía nuestra casa, pintada a triángulos marrones y amarillos. En lo alto del tejado, una bandera triangular, con los mismos colores que la casa, flameaba colgada con la punta hacia abajo, como si fuese un banderín.

Por qué el abuelo había pintado así la casa y por qué le había puesto aquella bandera, era algo que nunca había logrado comprender; ni yo, ni nadie en el pueblo.

Infinidad de veces le había preguntado al respecto, pero sus respuestas eran vagas. Todo parecía reducirse a que a él le resultaba lindo. Que tenía que ver con cierta tendencia estética que estaba de moda, o había estado de moda en Rusia. Pero no se lo escuchaba muy convencido.

Finalmente, no le quedó otra que admitir que existía una misteriosa razón que no podía develar. Recuerdo que yo había vuelto a casa muy enojado, decidido a investigar en Internet. Quería encontrar alguna información sobre esa supuesta estética vanguardista, para refregársela en la cara a Jorge.

Es que aquella mañana habíamos tenido Dibujo. El profesor inició la clase diciendo:

—Muchachos, el trabajo de hoy es de libre expresión, pero aplicando técnicas que hayamos visto durante el curso.

—¿Podemos usar los colores que nos guste? —preguntó Jorge.

—Sí, por supuesto —respondió el profesor, como diciéndole «Qué clase de pregunta es esa».

—Por ejemplo, ¿estaría mal si pintamos todo a triángulos marrones y amarillos? —insistió Jorge, poniendo cara de inocente. Inmediatamente se sintieron las risas contenidas de todo el grupo.

En ese momento quise ser un mago, realizando un impresionante acto de desaparición. Pero claro, los magos no existían. Así que, sintiendo cómo se me encendían las mejillas (lo que detestaba con todo mi ser) simplemente me encogí en mi silla.

El profesor, que era nuevo en el pueblo y no conocía mi casa, seguramente pensó que las risas estaban dirigidas a la extraña pregunta. Se quedó un segundo en silencio, tal vez evaluando si Jorge le estaba tomando el pelo.

—Pues... eso sería, al menos, digamos que... extraño —respondió.

Nuevamente escuché las risas contenidas mientras el profesor proseguía:

—Pero usted no se preocupe, Márquez. Haga el trabajo como le parezca adecuado y justifique por qué lo ha hecho así. Quédese tranquilo que se lo evaluaré como corresponda.

—No era por mí que lo digo, profe —dijo Jorge, y añadió—: Es que tenemos un compañero en clase al que le encanta pintar las cosas así y capaz que a él le da vergüenza preguntar.

Las carcajadas inundaron el aula y todas las miradas se clavaron en mí.

Percatándose de ello, también el profesor me miró, esperando una explicación. Al menos así lo creí, y me sentí obligado a responder, aunque ni quería, ni tenía idea de qué decir.

—Yo... yo... A mí no me gustan esos colores... Es mi abuelo que pintó la casa así, profesor. Yo le... le pedí pintar diferente —expliqué, sin animarme a levantar la vista.

En ese momento apareció mi maldita voz interior.

—Este no eres tú, Macías. Tú eres justo. Debes defender a quien no puede hacerlo. ¡Vamos, no seas cobarde! ¡Defiende a tu querido abuelo! ¡Él tiene una razón para hacer lo que hace!

Envalentonado por la arenga, intenté la defensa. Ahora que lo pienso, no tenía muchas posibilidades de salir bien parado, y por supuesto, no lo hice:

—Las... las... los... triángulos marrones y amarillos y la... la... bandera son una tendencia vanguardista en Rusia —dije, sin tener la menor idea de lo que estaba diciendo en realidad. Y créeme que se notó, porque el profesor me miró, abriendo sus ojos como platos y poniendo cara de «¿Qué está diciendo Lubkov? ¿Se habrá insolado en el recreo?». Y quedó ahí, boquiabierto.

Las carcajadas fueron al unísono. ¿Y cómo culparlos? Si viendo la cara que había puesto el profesor, por un segundo hasta yo sentí ganas de reír.

—No sé de qué se ríen, si ni siquiera saben lo que es vanguardista —dijo una voz a mi izquierda, que apenas se oyó entre el bullicio, aunque yo la reconocí al instante.

Era Catalina la que hablaba. Mi cabeza giró instintivamente buscándola, con el tiempo justo para ver cómo Milenka, que estaba sentada a su lado, le daba un codazo disimulado y ponía sus ojos en blanco. Catalina se ruborizó, y ya no dijo más nada.

Sentí que mis mejillas ardían, y cuanto más intentaba controlarlo, más calor me daba, a la vez que las lágrimas comenzaban a caer.

—¡Ups! Parece que no lo has hecho muy bien —me advirtió mi voz interior.

¡Cómo si no me hubiese dado cuenta! Pero no quise responderle, porque tenía miedo de gritarle un montón de disparates en voz alta, lo que hubiese sido aún más desastroso.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Ya es suficiente! Vamos a iniciar el trabajo, que no tenemos todo el día— intervino el profesor, con voz potente, dando por concluido el asunto.

Ese mediodía, al salir del liceo, volví a casa mucho más rápido que de costumbre.

—¡Odio que se me tranquen las palabras! ¡Odio andar lloriqueando! ¡Odio ponerme rojo! ¡Pero sobre todo odio a mi voz interior! —pensaba.

Cuando llegué, aún estaba hecho una furia. Saludé a mi abuelo al pasar y fui derecho a mi cuarto, para dedicarme a buscar información en Google.

Lo intenté todo.

Primero busqué «pintura de fachadas en Rusia», «casas a triángulos con banderas», «casas vanguardistas en Rusia», «colores de moda marrón y amarillo», «fachadas en triángulos de colores» y no sé cuántas cosas más. Luego repetí las búsquedas, pero en ruso: «Роспись фасадов в России», «полосатые дома с флагами», «авангардные дома в России», «модные цвета коричневые и желтые», «фасады в цветных полосах»

No hallé ni una razón que justificase la decisión del abuelo. ¡Había defendido lo indefendible! No tenía absolutamente nada para retrucar a Jorge, ni a nadie. Estaba tan furioso, que no distinguía si el enojo era con mis compañeros, con el profesor, con mi abuelo, o con el mundo entero.

Y si no había una razón válida que justificase tener la casa pintada ridículamente, la única alternativa era pintarla de otro modo. Así que salí del cuarto para ir a hablar con mi abuelo. Era definitivo. Me tendría que escuchar. Tendría que entender.

No tuve que llegar muy lejos. Apenas abrí la puerta y me asomé al pasillo, lo vi venir.

—¿Te ocurrió algo en el liceo? Ni siquiera le has dado un beso a tu abuela —me dijo.

—Abuelo, ¿por qué seguimos teniendo la casa pintada así? Todos se ríen.

—Pero Macías, ya lo hablamos. La gente se ríe de lo que es diferente. Se ríen sin saber y no se preocupan por intentar abrir su mente a otras posibilidades. No se preocupan por entender...

—Yo sí lo intento —le interrumpí—. Quiero entenderte abuelo, pero no puedo... esa bandera, los colores... Todos se burlan.

Ahora el que no me dejó proseguir, fue él:

—Si viviesen en otra parte, no dirían lo mismo. ¡Deberían ver más allá de su ombligo! Esto es vanguardia en otros lados, es hermoso. —objetó, levantando la voz y frunciendo el ceño.

—¡Mentira! —grité, y proseguí, casi en el mismo tono —¡lo busqué en Google y no existe nada de eso! ¡Soy yo el que aguanta las burlas todos los días!

Se hizo un silencio profundo.

¡Qué había hecho! Si interrumpir al abuelo mientras hablaba era malo, levantarle el tono era mucho peor. Y ni que hablar de haberle dicho «Mentira». Él presumía de ser un hombre de principios, recto, honesto. Y en verdad lo era. Y también era alguien chapado a la antigua. No iba a permitir que su nieto le faltase el respeto de ese modo.

Yo sabía perfectamente que él no era capaz de levantarme una mano. Pero créeme, no querías verlo enfadado. Seguro se me venía una buena penitencia.

Sin embargo, nada de lo que esperaba ocurrió. Relajó su ceño, me miró con ojos de abuelito bueno y rompió el hielo, que por un instante había congelado todo el pasillo.

—Macías, yo soy viejo y puede que no entienda muchas cosas, pero no creas que ese «Google» lo sabe todo. Te puedo asegurar que no es así. Te sorprenderías...

Ante esta inesperada reacción, también bajé mi tono, y volví a la carga:

—Puede ser que en otro lado sea hermoso, pero acá no, abuelo —quise explicarle, y ante su silencio proseguí—: Vamos, por favor, saca esa bandera, pinta la casa de otra forma. Yo te ayudo. Si quieres, te puedo mostrar fotos que encontré con diseños...

Me interrumpí solo, al darme cuenta de que el abuelo tenía la mirada perdida. Parecía triste y no decía nada.

—Abuelo..., por favor...

—Mi niño, no puede ser.

No sé si odiaba más que me dijese «mi niño», o que me diese un no, porque sí, porque lo digo yo y basta. ¡Eso no es una razón!

—¡No quiero hablarte más abuelo! ¡No puedes explicar nada! ¡Estás chocheando!

Me di la vuelta, entré corriendo al cuarto y tranquilé la puerta. Me dolía lo que le había dicho, tal vez porque tenía miedo de que fuese cierto. Pero fuese como fuese, estaba dispuesto a hacer

huelga de palabras. Juré no volver a hablarle, hasta que cambiase de opinión. Ya no quería ser el hazmerreír de todo el pueblo.

Mi abuelo intentó abrir la puerta y se dio cuenta que no podía. Entonces golpeó suavemente.

—Vamos, mi niño, abre la puerta. Tienes razón, es a ti al que molestan, no a mí. Tú eres quien está pasando mal, por mi culpa. Te prometo que iré a hablar con tus profesores.

Quise gritar «¡Nooo!» Pero si lo hacía, rompería mi huelga de palabras. Esto era lo único que faltaba para empeorar más la situación. Ahí sí que mis compañeros tendrían para reír todo el año. Y ahora no podía decirle que dejase de llamarme «mi niño», que no fuera a ningún lado, que no se metiera más en mis cosas, que solo necesitaba algo tan simple como sacar una bandera – ¡y quemarla!, si era posible – y pintar la casa.

Me mantuve firme y sostuve el silencio.

—¿No me quieres hablar? —preguntó con voz calma. Se oía como si casi hubiese pegado su boca a la cara exterior de la puerta. Esperó un instante y prosiguió —No creas que no te entiendo. Sé que se ve muy raro y que te molestan por ello. Pero hay un motivo. No estoy enloqueciendo. Es que no puedo explicártelo; aún no. Por favor, perdóname y confía en mí.

Luego sentí sus pasos alejándose. Entonces me acurruqué sobre la cama.

No sabía si quería perdonarlo, no sabía cómo confiar en él. Menos ahora, que había confesado tener un motivo oculto que no me iba a decir. Por largo rato sus palabras me dieron vueltas en la cabeza, entreverándose con imágenes de Jorge riendo, de la bandera flameando, de los ojos de plato del profesor, de Catalina pasando vergüenza por mi culpa, hasta que me quedé dormido.

No sé si fue mi voz interior la que me despertó, o el estómago que se quejaba a gritos porque me había salteado el almuerzo. Lo cierto es que abrí los ojos sobresaltado y los escuché a ambos.

El estómago me sugería dejar los conflictos de lado e ir a la cocina a ver si quedaba algo para almorzar. La voz interior me hablaba en un sentido parecido:

—Debes solucionar esto, Macías. ¿Piensas hacer huelga de hambre? ¡Vamos, déjate de tonterías! Levántate. Dale un beso a tu abuela. Pregúntale a tu abuelo si te preparó el almuerzo.

—¡Es que no son tonterías! —le respondí, tan furioso que no estoy seguro si lo hice en voz alta.

Me senté sobre la cama y quedé allí, tratando de hacer oídos sordos y mantener firme mi decisión. Pero la voz era más terca que yo.

—¿Realmente crees que tu abuelo está chocho, porque a veces actúa raro? ¡Vamos, piensa un poco! ¿Es que no te has fijado cuántas cosas extrañas rodean tu vida?

Y aunque estaba determinado a no escucharla, debo admitir que me puso a pensar.

No era solo la bandera y la pintura. Las historias sobre Rusia nunca me terminaban de cerrar, en especial lo que tenía que ver con la muerte de mis padres. Incluso lo que sabía sobre el retorno a San Javier era bastante extraño, y ni que decir de esos caballos que trajeron y que el abuelo tanto se empeñó en que pasaran desapercibidos.

—Así está mejor, Macías. Piensa un poco más. ¿Qué hay sobre ti?

Instintivamente me levanté de la cama y fui hasta el espejo. Por costumbre, me alisé el pelo, primero hacia mis orejas, porque detestaba que fuesen más redondas que las de todo el mundo, y luego extendiendo el jopo sobre mi ojo derecho. Tal vez estuviese sugestionado ya que mi pelo me pareció más azul, mientras que mi ojo izquierdo se había vuelto casi negro. Estaba habituado a los cambios de color, pero la verdad es que algo muy normal no era, y tampoco el tatuaje que tenía en mi espalda. Me levanté la remera, enfrenté la espalda al espejo y giré la cabeza todo lo

que pude. Era un sistema planetario, con siete planetas en órbita alrededor de un sol, además de un círculo oscuro que siempre lo imaginé como un agujero negro. Mi abuelo me dijo que me lo habían hecho al nacer, que era una especie de tradición en el pueblo de Rusia. Una superstición con la que se suponía que me protegerían durante toda mi vida. Sin embargo, yo siempre sentí que había algo más. Cada tanto lo miraba, y aunque sé que es imposible, podía jurar que el agujero negro crecía, y peor aún, una de esas veces estuve seguro que los planetas habían cambiado de lugar. Se lo dije a mi abuelo, y él me respondió que no debía recordar bien cómo era mi tatuaje porque lo tenía en la espalda y no lo podía ver. Yo sabía que tenía razón, por eso, para no volver a sentirme como un loco, le saqué una foto con mi celular.

—Tu abuelo ha cuidado bien de ti toda tu vida ¿verdad? Pues entonces confía en él —intervino mi voz interior, sacándome de las meditaciones—. Debes arreglar las cosas ya, porque falta poco —concluyó.

—¿Poco para qué? —le pregunté. Pero por más que insistí, la respuesta fue el silencio.

Debía estar volviéndome loco. ¿Hablaban conmigo mismo y esperaba una respuesta? Si lo pensaba, era una demencia absoluta; pero finalmente, haciéndole caso a mis presentimientos, opté por salir del cuarto y dirigirme hacia el porche. Allí, sentada en su silla de ruedas, estaba mi abuela, inmóvil, con la mirada perdida en el horizonte.

—Perdona abuela, hoy no te saludé —le dije, mientras le daba un beso en la frente. Luego tomé una de sus manos entre las mías y continué:

—Es que tuve un mal día. Otra vez fue Jorge. Siempre se burla de mí. Ahora fue por los colores de la casa, pero el abuelo no quiere cambiarlos, ya sabes.

Desde que había caído enferma, mi abuela ya no hablaba, solo balbuceaba un poco de vez en cuando. Sin embargo, a veces me daba la impresión de que podía entender lo que le decía porque su rostro cambiaba levemente.

—No abuela, no te preocupes. Ya se me pasó el enojo. ¡Pero lo que no se me pasó es el hambre! Así que te dejo; voy a ver si hay algo de comida.

Apoyé su mano sobre su regazo, giré hacia la puerta de la casa, y encontré a mi abuelo allí parado. No sabía cuánto había escuchado, pero me daba vergüenza preguntárselo o incluso mencionar algo sobre lo sucedido.

—Abuelo, ¿habrá algo para comer? —fue lo único que se me ocurrió decirle.

—Sí, guardé tu almuerzo en la heladera. Imaginé que luego lo querías —respondió, con la mayor normalidad del mundo.

—Gracias —le dije, mientras entraba a la casa para dirigirme a la cocina. Pero apenas pasé un metro, instintivamente me detuve y giré hacia él.

Pareció que lo hubiésemos ensayado, pues él también había girado, y comenzamos a hablarnos casi al mismo tiempo.

—Estaba pensando que tal vez ya no tenga sentido tener la casa pintada así —dijo él.

—Hay un motivo importante para tener la casa pintada así, ¿verdad? —dijo yo.

Nos quedamos mirándonos, con una sonrisa.

—Sí, lo hay. Pero a veces no sé si hago lo correcto. Tal vez debería pintar...

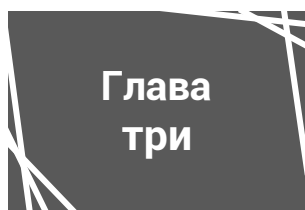
—Abuelo —le interrumpí—. Para mí es suficiente. Seguro que estás haciendo lo correcto. No te voy a decir más nada. Solo que, cuando puedas, dime de que se trata.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! —dijo mi voz interior.

Al escucharla pensé que ya no estaba tan seguro de haber tomado una buena decisión.

...

En ese momento de los recuerdos, llegué por el sendero hasta la entrada de la casa. Me paré a contemplar sus «hermosos» triángulos de marrón rojizo y amarillo rabioso... Y pensar que poco tiempo atrás había tenido esa única oportunidad de decir «Sí abuelo. Píntala diferente». Pero no, como siempre, me había dejado llevar por mi maldita voz. Ahora acababa de sufrir las consecuencias. Milenka me había hecho recordar mi decisión, dejándome en ridículo frente a Catalina, y las manchas de lodo seco, esparcidas por toda mi ropa, reavivaban la dolorosa sensación de las burlas recibidas.



Capítulo 3

Tengo un caballo de crines violetas y eso no es lo más extraño de él.

Esta vez mi abuela no estaba sentada en el porche. Quería saludarla, como hacía cada día al volver de clase, pero no quería que mi abuelo me viese llegar con la ropa embarrada. No tenía ganas de contar lo ocurrido, en parte por no preocuparlo, en parte, para evitar replantear la cuestión de la pintura de la casa, pero, sobre todo, porque quería borrar ese momento de mis recuerdos, para siempre.

Así que entré con sigilo. Iría hasta mi cuarto, me cambiaría la ropa, y volvería en el mayor silencio para fingir mi llegada y saludar a los abuelos como si nada hubiese ocurrido. Al menos ese era mi plan, aunque claro, olvidé considerar un pequeño detalle. Apenas di un paso dentro de la casa, sentí su parloteo, fuerte y claro:

–Brrr, brrr, Macías, Macías, brrr, brrr.

–Sss –le chité a mi loro, haciendo gestos desesperados, al estilo de un mimo.

Mi intervención dio resultado inmediatamente... aunque no el que hubiese querido.

–Brrr, brrr, abuelo, abuela, hola mi niño, brrr, brrr.

Es que a Capitán le encanta anunciar cuando alguien llega a la casa. ¡Y mi abuelo no tuvo una mejor idea que enseñarle a decir «hola mi niño» para recibirme!

Ahora se paseaba por la habitación, alardeando de su capacidad para hablar. Sin embargo, aún tenía esperanza. Recorrí rápidamente con la mirada toda la gran sala, desde la estufa a leña, que está en un extremo, hasta la mesa de comedor, que está en el otro. No había moros en la costa. Si mi abuela no estaba ni en el porche, ni allí, seguramente estaría en la galería, y mi abuelo, realizando tareas con los animales, o en la huerta. El plan se mantenía.

Ignorando a Capitán, dirigí mis pasos en dirección a la puerta del pasillo. De ahí hasta la escalera que lleva a mi cuarto, son solo unos metros.

–Brrr, Brrr, abuelo, abuela, hola mi niño, brrr, brrr –insistió Capitán, levantando vuelo.

–¡Capitán! ¡Ven aquí! –le ordené.

–Brrr, brrr, abuelo, abuela, hola mi niño, brrr, brrr –lo escuché repetir insistentemente, a la vez que su voz se alejaba, saliendo de la casa.

Apuré el paso para llegar hasta el pasillo con forma de L. Si sigues derecho, pasas frente a la puerta de la cocina y a la de la despensa, y llegas a la puerta trasera de la casa, que ahora estaba entreabierta. En esa dirección había escuchado alejarse a mi loro. Así que tomé hacia la izquierda, pasé frente a la puerta del baño, a la del dormitorio de mis abuelos, y alcancé la escalera.

Un escalón, dos, tres... ya estaba por llegar al descanso. Al girar me perdería de vista.

–¡Hola Macías! ¿Por qué corres? –La voz de mi abuelo congeló mis pasos.

–Hola abuelo –saludé, volviendo la cabeza apenas lo suficiente para llegar a verlo, y continué, tratando de ensayar una explicación–. Es queeee.... Estoy apurado para ir al baño.

No sé si ya te lo comenté, pero no se me da muy bien eso de mentir.

Mi abuelo me miró extrañado. Luego giró la cabeza, miró la puerta del baño, y volvió a mirarme, a la vez que encogía un poco sus hombros y ponía sus manos palmas arriba.

–Sí. Ya sé que el baño está ahí. Es queeee... tengo queeee... buscar algo en el cuarto, antes.

Seguramente no fue la mejor respuesta, pero al menos, de algún modo, no dejaba de ser verdad. Era escapar ahora o nunca, así que añadí inmediatamente:

–Perdona, estoy muy apurado, no voy a llegar –y salí corriendo escalera arriba.

–Macías, haz lo que tengas que hacer, pero, por favor, no bien puedas, necesito que me des una mano –dijo mi abuelo, levantando la voz, para asegurarse de que lo escuchase.

–Si abuelo. No hay problema. En un momento voy. ¿Está todo bien? –pregunté, desde mi dormitorio, desviando la conversación definitivamente hacia un terreno más seguro, mientras se me escapaba un «¡Siii!» silencioso.

–Todo bien. Es que vendrá un vecino a ver unos caballos que quiere comprar y estoy retrasado con los aprontes –me explicó. Hizo una pausa y como no obtuvo una respuesta, añadió–: Te espero en la caballeriza. Tengo que teñir a Merlín; ya se le está notando el violeta.

–Buena noticia. Enseguida voy –respondí, y al escuchar sus pasos alejándose, agité dos veces mis puños cerrados. ¡Lo había logrado!

Me cambié la ropa. Jean azul roto en las rodillas, por jean azul roto en las rodillas, y remera negra, lisa, por remera negra, lisa. Quería que el cambio pasase lo más desapercibido posible, lo que era fácil, ya que la mayoría de mi ropa era azul o negra y detestaba las remeras con el logo de una marca, o algo escrito, o cualquier otro estampado.

Me miré al espejo. Tenía todo bajo control... o al menos así lo creí. Dejé mi habitación, descendí la escalera y me dirigí, confiado, rumbo a la puerta trasera.

Saliendo por esa puerta, quedas bajo el techo de una galería abierta, que ocupa el largo completo de la casa. Desde allí lo puedes ver todo: la caballeriza, el establo, el gallinero, la huerta, el corral, los árboles frutales, el campo con gramilla y, más allá, los Esteros de Farrapos, el Río Uruguay, y si te esfuerzas ves hasta Argentina. Es muy raro saber que vives en un lado, pero que apenas un poquito más lejos es otro mundo distinto. Imagino que mis abuelos habrán sentido algo así, aunque más fuerte, porque aquí su vida corría peligro, pero si tan solo lograban atravesar esos metros, estarían a salvo. Por eso no me extraña que a mi abuela le guste estar sentada allí, observando el paisaje, con una leve sonrisa.

–Hola abuela –le dije, tomando su mano como lo hacía habitualmente.

Capitán, que andaba paseándose por la galería, voló y se paró sobre mi hombro.

–Brrr, brrr, abuela, brrr, hola mi niño.

–Capitán, abuela ya sabe que estoy aquí –le expliqué, y pareció entenderme, porque inmediatamente emprendió vuelo rumbo a la caballeriza.

–Brrr, brrr, abuelo, abuelo, brrr, hola mi niño.

–¡El abuelo también sabe! –le grité, pero él no interrumpió ni su vuelo ni sus gritos.

¡A veces quería matarlo! Y sin embargo, al final me resultaba un pájaro muy simpático.

–Lindo día, abuela. Se ve que ayer empezó la primavera, o mejor dicho hoy. Este año el equinoccio es el día veintidós, y si no lo digo bien, mi profe de astronomía se enoja.

La miré un instante tratando de descubrir su respuesta, pero aún estaba distante.

–Antes de que nos demos cuenta va a ser verano –continué–. ¿Te acuerdas de esas noches calurosas, cuando era niño? Nos sentábamos por ahí, bajo las estrellas, con todas las luces apagadas y tú me contabas sobre las constelaciones: las Tres Marías, que son el cinturón de Orión; la Cruz del sur, que usaban los exploradores para orientarse; Tauro, con su ojo, que es la estrella más brillante de todas.

Me detuve nuevamente. Estaba seguro de haber visto una luz en sus ojos.

–Ya me olvidé de algunas. Vas a tener que mejorarte pronto para recordármelas.

Ahora mi abuela balbuceó alguna cosa ininteligible. Hacía eso cuando se ponía nerviosa. ¡Había sido un tonto! Hablarle de una cura, cuando llevaba años así y todos sabíamos que su estado no tenía vuelta atrás.

–Tienes que remediar esto –dijo de pronto mi voz interior.

Aún no sé por qué, pero sin cuestionarla ni un poquito, instintivamente volví a hablar:

–No te preocupes abuela, vas a ver que te curarás. Voy a buscar quien pueda ayudarte, ¡y lo encontraré! Te lo juro –le dije con la voz más confiada que pude fingir.

¡Qué había hecho! ¡Un juramento que no podría cumplir! ¡Esa maldita voz interior mía!

–Upss... estás en un gran lío –me dijo la voz, y ante mi desconcierto prosiguió–: Pero no te mortifiques, has hecho muy bien. Tal vez había otros caminos... aunque este es bueno.

¿Otros caminos? El que había tomado no era un camino. Era un precipicio. Si ya me sentía incómodo mintiendo, aún en el caso de que fuese una de esas famosas mentiras piadosas, jurar en falso, y más a mi abuela, me hacía sentir mucho peor. Quise consolarme, pensando que había sido un juramento piadoso, pero la verdad es que en mi vida había escuchado esa expresión, y no creía que algo así existiese.

–Para hoy, Macías, que vienen temprano y falta mucho por hacer. –La voz de mi abuelo retumbó desde dentro de la caballeriza, calma pero firme.

–Ya voy. Estaba conversando con abuela –grité, mientras intentaba pensar qué hacer para que no se quedase angustiada.

Entonces advertí que ya no balbuceaba y que sus ojos habían recuperado esa luz inusual que había visto en ellos instantes antes.

–Abuela, ya escuchaste. Tengo que ir a ayudar al abuelo. Luego seguimos hablando –le dije, mientras le daba un beso en la frente. Enseguida salí corriendo hacia la caballeriza y, a medio camino, paré para gritarle–: ¡Te lo juro abuela, voy a encontrar quien te cure!

Al entrar al galpón noté que estaba todo bajo control. El lugar olía bien. Fui recorriendo cada compartimento. Todos estaban limpios, tenían el cubo lleno de agua y se notaba que la paja del lecho había sido renovada. Además, los caballos estaban acicalados. Tenían su pelaje bien cepillado y se veían lustrosos. Era evidente que mi abuelo había estado ocupado toda la mañana. Me dirigí hasta el último compartimento. Allí estaba mi caballo, y junto a él, mi abuelo se aprontaba a teñirle las crines.

No bien Merlín me vio venir, desbordó de alegría, alzándose sobre sus dos patas traseras y sacudiendo con fuerza las delanteras. Se veía magnífico, con su pelaje brillante, más negro que la oscuridad, y su porte esbelto pero musculoso, potente. Manteniéndose parado, movió con fuerza su cabeza elegante, desplegando las largas crines violáceas, y relinchó potentemente:

—¡Beee! ¡Beee! ¡Beee!

Si te resulta extraño, te aclaro que no me confundí. Merlín es un caballo de crines violetas, que se cree oveja. Creo que deberíamos llevarlo al sicólogo.

Para explicar de dónde obtuve una mascota así, debo relatarte otra de las fantásticas historias de mi abuelo.

Él me contó que, al volver de Rusia, vino acompañado de una yegua – nunca comprendí muy bien cómo la trajo –. De hecho, yo la conocí. No hace tantos años que murió. El asunto es que esta yegua no era normal. Aparentemente había nacido en las inmediaciones del reactor nuclear de Chernóbil, después de la famosa catástrofe. Debido a la radiación recibida por la madre, sufrió mutaciones genéticas: tenía crines violetas y balaba en vez de relinchar.

Ya lo sé: todo esto es muy raro. También lo investigué en Internet. El desastre nuclear existió y fue terrible. La planta explotó y la radiación fue tan grande que incluso llegó a varios países de Europa. Millones de personas resultaron afectadas, y los que estaban cerca sí que la pasaron mal. Hasta hoy siguen naciendo niños con mutaciones genéticas y todo tipo de malformaciones. Sobre los animales no hay tanta información, aunque sé que hay perros de tres patas que se pasean por las ciudades cercanas. Todo ser vivo que estuvo cerca, o murió o fue afectado seriamente. Pero sobre que cambiasen el color del pelo o se convirtiesen en un animal diferente, no encontré ninguna referencia.

En definitiva, esa yegua llegó con mi abuelo a San Javier y resultó que estaba preñada. Poco después nació Merlín, con las mismas mutaciones que la madre. Mis abuelos decidieron que sería mi caballo. Crecí con él y no bien me fue posible aprendí a montarlo.

El abuelo siempre intentó que Merlín no llame mucho la atención. Dice que es peligroso que la gente se entere de esto, que nos puede traer problemas. Por eso tiñe sus crines de negro, y por eso también es que tenemos algunas ovejas en el corral que está alejado de la casa. Cada vez que viene visita, encierra a Merlín allí, para que pase desapercibido si relincha.

Qué puedo decir. Estoy muy acostumbrado a escuchar estas historias. Cuando era niño, casi todas las noches, antes de dormir, el abuelo me contaba una historia sobre nuestra familia, o me leía un cuento. Y de verdad, aún no sé si era más fantástico Peter Pan o el aguará guazú guiando a la familia Lubkov.

—¡Tranquilo Merlín! –le dijo mi abuelo, dándole unas palmaditas, lo que lo hizo volver a su postura normal. Aunque siguió sacudiendo la cabeza, a la vez que daba pasitos hacia un lado y otro, sin dejar de relinchar cada tanto... mejor dicho, balar... o como sea.

—¡Beee! ¡Beee!

—Parece que no solo Capitán se pone contento cuando llegas. Seguro que no podrías pasar desapercibido –comentó mi abuelo.

Qué novedad, pensé, recordando mi intento fallido instantes antes, que casi, casi, me había dejado en evidencia. Pero, a fin de cuentas, era lindo sentirse bien recibido.

—¿En qué te ayudó? –pregunté sonriendo, mientras acariciaba a Merlín.

—Aquí solo falta teñir las crines de Merlín. Así que estaba pensando que, ahora que ya no tienes la ropa embarrada, podrías preparar el almuerzo. Si te encargas de ello, nos dará tiempo para comer antes de que lleguen los vecinos.

En ese momento quise que me tragara la tierra. Sentí que se me encendían las mejillas. ¡Cómo podía haber creído engañar a mi abuelo!

–Me parece bien, me encargo del almuerzo –respondí, girando en dirección a la salida.

–¿Y no me vas a contar lo que ocurrió? –preguntó, interrumpiendo mi huida.

Me detuve, intentando idear una explicación. Finalmente decidí que ya era suficiente de mentiras.

–Otra vez fue Jorge. Me tomó por sorpresa y me empujó. Pero abuelo, de verdad, no tengo ganas de hablar de esto ahora.

–Está bien Macías. Hablaremos esta noche. Las cosas ya no pueden seguir así. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –dije, de mala gana.

–No te quedes ahí, que la visita nos va a encontrar en aprontes –me apuró.

Yo aproveché su intervención, para cambiar definitivamente de tema:

–¿Qué vecino es el que va a venir a ver los caballos?

–Tarasenko. –me respondió.

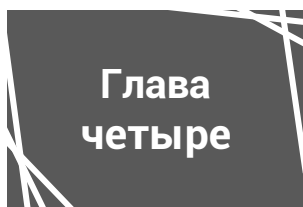
–¿Tarasenko? –repliqué, levantando el tono de voz y abriendo mis ojos, tanto, que creí que ya no podría volver a cerrarlos.

–Sí, Tarasenko. –me repitió. – Te acuerdas de él, ¿verdad? Su esposa venía bastante seguido a casa, con su hija, cuando tú eras pequeño y la abuela estaba bien. Además, ¿su hija no es compañera tuya ahora? ¿Cómo es que se llama...?

–Catalina –dije, completando la frase.

–Eso mismo. Catalina. Pues bien, según me dijo, vendrán los tres, ¡así que muévete ya! –me ordenó.

¡Y pensar que había creído tener todo bajo control!



Capítulo 4

Me da un gran abrazo un viejo barbudo de piel amarilla y pelo verde. ¡Puaj!

Mi abuelo había trabajado duro toda la mañana. Incluso había dejado leudar la masa para preparar Varéniki (Varéniki).

Esparcí un poco de harina sobre la mesada. Deposité la masa y la extendí con el palo de amasar. Rápidamente la fui cortando en círculos. No bien hube terminado, puse el agua a hervir.

Me gustaba cocinar. En los últimos años había tenido que ayudar mucho con las tareas de la casa. Había cosas, como esta, que me encantaba hacer, y otras que odiaba, como ordenar mi cuarto.

Saqué la ricota y el queso de la heladera y me apuré a preparar el relleno. Quería tener la pasta armada justo cuando el agua levantara hervor, así aprovecharía el tiempo al máximo. Una vez que la echara al agua, solo tendría cinco minutos para tener lista la salsa de crema doble.

Tal vez algún día participara en MasterChef, pensé. Si Catalina pudiese verme ahora..., o mejor, si me viese por la televisión, ¡ganando MasterChef!, seguro que ya no me vería como a un tonto.

Pensar en ella, y saber que dentro de un rato estaría llegando por el camino y entrando a mi casa, me produjo un extraño cosquilleo en el estómago. Sentía una enorme ansiedad por que corriesen rápidamente las agujas del reloj que colgaba en una de las paredes de la cocina, y, sin embargo, también quería frenarlo. ¿Con qué cara miraría a Catalina, después de lo sucedido?

Debía idear un plan para impresionarla. Tal vez podría preparar un buen пирог (pirog), para invitarlos a merendar. Seguro que el abuelo diría «el пирог lo hizo Macías». Yo intentaría no ponerme colorado, y haría alguna mención a que no me resultaba complicado hacerlo. Después de merendar iríamos a ver los caballos. Entonces le preguntaría, «¿Cuál le gusta, señor Tarasenko?», y montaría el que él eligiese, diciéndole «vea qué buen caballo», para que Catalina me viese cabalgar a toda velocidad, saltando obstáculos y...

—Brrr, brrr, se quema, brrr —Capitán me despertó de mi sueño. El agua ya hervía.

—No Capitán, el agua no puede quemarse, pero gracias igual —le dije.

—Brrr, brrr, la papa.

—Sí Capitán, en cinco minutos estará pronta. Llama al abuelo. —le ordené.

—Brrr, rica la papa, brrr, abuelo rica la papa. —repitió, volando en dirección a la puerta trasera.

Los Varéniki estuvieron prontos a tiempo. Una vez que terminamos de comer y de fregar todo, le dije a mi abuelo que prepararía пирог, para convidar a los Tarasenko.

—Me parece una muy buena idea —me respondió, guiñándome un ojo—. Mientras tú cocinas, llevaré a Merlín al corral y de paso iré por la huerta.

Me puse a trabajar con entusiasmo. Volví a observar el reloj. Había corrido muy de prisa. Nuevamente el cosquilleo se apoderó de mi estómago. Era mi oportunidad para convertir un día terrible en uno grandioso, y no pensaba fallar.

—Hoy cambiará todo. Comenzarán a saber quién eres en verdad —dijo de pronto mi voz interior.

Debo admitir que me preocupé al escucharla. No sabía a qué se refería, pero, ¿qué podía salir mal? Estaba en mi territorio, sin Jorge merodeando, el пипор avanzaba muy bien y, en cuanto a los caballos, era mejor jinete que cualquiera a mi edad. «Todo bajo control», pensé.

Finalmente puse el pastel al horno. Miré el reloj y me dediqué a ordenar la cocina. No habrían transcurrido ni diez minutos cuando entró Capitán a los gritos.

–Visita, brrr, visita, brrr, brrr.

«Un poco temprano», pensé, sintiendo el corazón acelerado y el cosquilleo, más intenso que nunca. Corrí hacia la ventana del frente, pero al mirar a través de ella no vi a nadie.

–Qué extraño –murmuré, pensando que Capitán jamás se equivocaba.

–Visita, brrr, visita, brrr, brrr –insistió, volando para pararse en mi hombro.

Observé nuevamente el sendero. No había nadie. Incluso el camino desde el pueblo estaba vacío.

Abrí la puerta, me asomé, y tampoco encontré a nadie.

–Visita, visita, visita, brrr, brrr, visita, brrr. –Esta vez voló y salió por la puerta trasera.

Evidentemente había enloquecido, pero igual decidí seguirlo. Me asomé a la galería. Capitán, sin parar de gritar, volaba rumbo a la huerta, donde mi abuelo juntaba algunas verduras que colocaba en una canasta. Y fue entonces que lo vi...

Venía caminando por la mitad del campo, desde el río. A la distancia aparentaba ser una persona mayor, de barba larga, vestida extrañamente. Avanzaba apoyándose en un bastón que sobrepasaba la altura de su hombro. En su otra mano sostenía algo que no llegué a distinguir.

El abuelo también notó su presencia. Se incorporó y quedó como una estatua, observándolo.

Cuando estuvo algo más más cerca, pude ver que su barba estaba teñida de verde, su ropa era como de otra época, y lo que tenía en la mano era..., era..., ¡un hacha!

En ese momento a mi abuelo se le escapó la canasta de la mano. Dio un paso hacia atrás, tratabillando, y luego avanzó dos. Ya no vi más. ¡Estaba en peligro! ¡Tenía que ayudarlo!

Entré corriendo a la casa; debía encontrar algo para defendernos, pero ¿qué? No teníamos armas, ¿qué podía usar? Me esforzaba por pensar rápido. Entré en la cocina... ¡ya está!, ¡el palo de amasar! Lo tomé como si fuese una espada y salí corriendo con él en alto, a la vez que gritaba:

–¡¡¡Ahhh!!!

Pero no había recorrido ni dos metros, cuando noté que mi abuelo se abrazaba con el extraño.

–¡Ahhh!, ¡ah!, ah, ¿eh? –Mi grito guerrero se ahogó en un hilo de voz y mi veloz carrera se fue ralentizando. ¿Qué estaba ocurriendo? Se apartaban del abrazo, se daban unas palmaditas en los hombros, se volvían a abrazar...

Continué avanzando, ahora, dando pasos pequeños y pausados, sin poder creer lo que estaba viendo. El viejo tenía un sombrero de ala ancha, bien redondeado en la parte superior y con el ala frontal plegada hacia arriba, abrochada con una especie de botón alargado. Sobresaliendo del sombrero se le veía el pelo lacio, aunque enmarañado, de color verde grisáceo, que le llegaba un poco por debajo de los hombros. La barba era idéntica, enmarañada, larga hasta llegar casi a su estómago, y del mismo color, tal vez un poco más gris, lo que contrastaba con sus ojos intensamente negros. Su piel, de color amarillo, estaba bastante arrugada y curtida por el sol. Y cuando digo de color amarillo, no pienses en alguien asiático. No, este hombre tenía aspecto europeo, pero era amarillo como un limón.

Usaba una especie de túnica de tela marrón, que le cubría hasta tres cuartos de la pierna, ajustada con un cinturón de cuero. Sobre esta, llevaba una capa con capucha. Calzaba sandalias que,

al igual que el bolso que colgaba cruzado, parecían ser de cuero teñido de violeta. También cruzada, pero en el sentido contrario al bolso, tenía una bota, de las que se usan para llevar agua o alguna bebida.

De pronto una ráfaga de viento primaveral hizo que sus cabellos volasen durante el tiempo suficiente para que pudiese ver sus orejas: ¡eran redondas, como las mías!

En ese momento, el extraño sujeto se percató de mi presencia. Soltó a mi abuelo, que me daba la espalda, y me miró de arriba abajo.

–Él es..., él es... –dijo.

Mi abuelo giró para verme y puso una ancha sonrisa.

–Así es Usher, él es Macías. Ha crecido, ¿verdad?

–¡Por la Gran Maga Fulgurosa! –exclamó el viejo, y continuó–: ¡Bendiciones de haber recibido la vida suficiente para la dicha de mis ojos!

Dicho esto, se abalanzó sobre mí, y sin darme posibilidad a ninguna reacción, me dio un abrazo tan fuerte que sentí como si hubiese sido atrapado por una boa constrictor. ¿Cómo podía tener tanta fuerza un anciano?

Quedé tan sorprendido, tan inmóvil, tan sin reacción física ni mental, que supongo que la sensación de abrazarme a mí o abrazar al palo de amasar debía ser idéntica. Cuando se me estaba por agotar el aire, el viejo me soltó. Pero no conforme con casi haberme asfixiado, me miró fijo a los ojos, me tomó por los brazos y comenzó a zarandearme.

–¡Mi niño! ¡Os encuentro convertido en un hombre! ¡Lo sabía! Con júbilo veo que os ha protegido la Magia Infinita. ¡Mi niño! ¡Eres ya un hombre fuerte! –insistió el viejo, sin dejar de sacudirme.

La verdad es que no sé en qué veía mi «fuerza», porque yo me sentía como si fuese un muñeco de trapo. Por suerte intervino mi abuelo:

–Querido Usher, vayamos a la casa. Tenemos mucho de qué hablar –le dijo, mientras le apoyaba una mano en su hombro.

–Posees toda la razón, mi noble amigo. Además, el tiempo apremia. Es menester que hablemos. Guíame, pues, a vuestra morada –replicó.

Me quedé inmóvil, como petrificado, mientras mi abuelo y su ¿amigo? caminaban hacia la casa. Antes de entrar, mi abuelo se dio vuelta y, al ver que no me movía, me dijo:

–Vamos Macías..., ¿qué haces con ese palo de amasar en la mano? –Seguido lo cual, volvió a girar y continuó su trayecto.

¿Qué «qué hago con el palo de amasar»? quise decirle. «¿Qué haces tú, abrazándote a un viejo loco, amarillo, con pelo verde? ¿Quién es este viejo; un mutante radioactivo de Ucrania? ¿De dónde me conoce? ¿Por qué le permites que me diga «mi niño»?»

Todo eso quise decirle, y mucho más también. Pero solo atiné a mirar el palo de amasar y a retornar a la casa sin apuro. Cuando entré, ellos ya estaban en la sala.

–Pero si allí se encuentra la bella Sofía. Es para mí un honor... –dijo el viejo.

–Usher, debo decirte que Sofía se encuentra muy enferma. Ya no habla. Seguramente no te reconozca –le interrumpió mi abuelo.

–Cuánto me apena saberlo; pero igualmente, si está en vos el permitírmelo, deseo presentarle mis respetos y afecto –replicó el viejo.

–Amigo, me honras con tu cortesía. –Mi abuelo empezaba a hablar parecido a ese loco.

El viejo se aproximó al sillón donde se encontraba mi abuela. Tomando una de sus manos, se inclinó, apoyando una rodilla en el piso, se la besó y luego dijo:

–Mi respetada Sofía. Cuánto me apena el mal que os aqueja. Haré llegar mis plegarias a la Gran Maga Fulgurosa. –Dicho esto, se levantó y se dirigió nuevamente junto a mi abuelo, mientras mi abuela balbuceaba nerviosamente.

–Visita, brrr, visita, brrr, brrr –comenzó a decir Capitán, que andaba caminando en medio de todos y que en ese momento voló hasta posarse en mi hombro.

–No, no, nooo –dije en voz alta, corriendo a mirar por la ventana. El auto de Tarasenko recorría, con dificultad, el maltrecho sendero que daba acceso a nuestra casa.

–Brrr, brrr, visita, brrr –insistió Capitán.

–Son los Tarasenko –dije, dirigiéndome a mi abuelo, con la esperanza de que echara a patadas rápidamente al viejo loco.

–Son unos vecinos que vienen a comprar un caballo –le explicó mi abuelo al viejo.

–Como te imaginarás, pronto cerrará el pasaje. Lamento haberme demorado, pero he perdido mis pasos en el camino. De no haber sido porque la Gran Maga me ha iluminado para que, desde la espesura del monte, viese flamear la bandera, no hubiese llegado a tiempo, o tal vez no hubiese llegado. Pero has mantenido tu palabra a pesar de los años y por eso estoy aquí. Ahora debo apelar a tu nobleza y tu valor, y rogarte que actuemos rápidamente –respondió el viejo.

Cuánto más escuchaba, más pasmado quedaba. Realmente no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, pero, al parecer, este señor era el motivo de haber tenido una bandera colgada de mi casa durante toda mi vida.

–Tienes razón, Usher. Me encargaré de esto rápidamente –dijo mi abuelo, con voz grave. Su mirada parecía perturbada, diría que triste, muy triste.

¡Toc, toc, toc! Sonó la puerta.

Instintivamente miré a mi abuelo. Por supuesto que echaría a ese tal Usher antes de recibir a la visita. Por lo menos lo escondería en el gallinero, hasta que se hubiesen ido.

Pero no. Sin decir más, fue directo a abrir la puerta. Del otro lado, el papá de Catalina esperaba con una gran sonrisa.

–¡Hola Vladimir! –dijo el señor Tarasenko, tendiéndole la mano.

Mi abuelo devolvió el saludo y dio un pequeño paso atrás, que la familia Tarasenko interpretó como una invitación a ingresar.

–Visita, brrr, visita, brrr, brrr –dijo Capitán, que continuaba parado en mi hombro.

Los tres visitantes me miraron, algo sorprendidos. Yo puse una sonrisa falsa y nerviosa, moví mi mano en gesto de bienvenida y enseguida la llevé a mi cabeza, para alisarme el jopo. ¡No podía ser que estuviese ocurriendo esto!

–Debo pedirles mil disculpas –dijo de pronto mi abuelo, dirigiéndose al señor Tarasenko, sin siquiera haber cerrado la puerta –. Es que hace cinco minutos llegó desde Rusia el otro abuelo de Macías –remató, mirando en dirección al viejo loco.

Los tres Tarasenko miraron al viejo, que aún sostenía el hacha y se apoyaba en su largo bastón de mango curvo. Lo recorrieron con su mirada de pies a cabeza, varias veces. Con tamaño espectáculo no puedo culparlos de que quedasen boquiabiertos, sin atinar a decir nada.

Y como si el espectáculo ya no fuese de por sí lo suficientemente grotesco, para completarlo, el viejo no tuvo mejor idea que hacer una reverencia, a la vez que decía:

–Rasuskosky popoluchi protulov nie.

Durante unos segundos nuestros invitados tan solo siguieron abriendo sus ojos y sus bocas, para luego dirigir su mirada hacia mi abuelo, buscando una explicación. Bueno, en realidad fue peor que eso: los padres de Catalina miraron al abuelo, pero Catalina me miró a mí. Yo solo atiné a encoger los hombros, tratando de explicarle que no tenía ni idea de qué se trataba esto, de que no tenía responsabilidad alguna en lo que estaba ocurriendo, de que no existía ninguna posibilidad de que eso que estaba ahí fuese mi otro abuelo.

En respuesta, Catalina respiró profundo y puso los ojos en blanco. Nuevamente envidié a los magos y sus fabulosos actos de desaparición, aunque solo fuesen trucos.

El abuelo, sabiendo que todos los que estábamos allí comprendíamos perfectamente que lo que había dicho el viejo, de ruso no tenía ni una sola letra, intentó una explicación:

–Es que Usher en realidad es ucraniano..., de un pueblito donde se habla un dialecto.

Luego de un instante de silencio, que a mí me pareció un siglo, el señor Tarasenko intentó revertir la incómoda situación.

– Ah, es... una gran noticia que Macías pueda tener la visita de su abuelo –dijo, depositando su mirada alternadamente en mi abuelo, en el viejo y en mí, mientras esbozaba una sonrisa forzada.

–Sí, sí –replicó nervioso mi abuelo y, acto seguido, tomó al señor Tarasenko como para guiarlo hacia la puerta de salida, a la vez que iba diciendo –: Nuevamente, les pido mil disculpas, pero es que llegó totalmente de improviso y se debe ir hoy mismo. Ustedes comprenderán...

¡Esto era el colmo de las groserías! Mis mejillas estaban convertidas en fuego. No podía creer que, teniendo todo bajo control para tener una tarde memorable, apareciese de la nada un loco y lo arruinase todo. «Misión cumplida: he arruinado para siempre la vida de Macías. Fue un gusto hacerlo. Chau, me vuelvo a Ucrania». Realmente esto solo me podía ocurrir a mí. Y me lo tenía merecido por escuchar a mi voz interior, por no haber dejado que mi abuelo quitase la maldita bandera y pintase la casa diferente, para que el viejo nunca nos encontrase y terminase ahogado en el río, muerto por la picadura de una serpiente, o mucho mejor, hundido para siempre en algún pantano.

Realmente quería desaparecer, pero no de la habitación, ¡de San Javier! Iniciar una nueva vida, donde fuese, menos ahí.

–Entendemos –respondió Tarasenko con voz cortante, mientras mi abuelo prácticamente lo empujaba fuera de la casa.

Catalina me miró nuevamente. Levantó sus cejas, giró un poco sus manos y emitió un ¿y? silencioso, esperando que yo interviniese.

–Brrr, se quema, se quema, brrr –chilló Capitán, y voló rasante rumbo a la puerta de salida, pasando entre las cabezas de los Tarasenko, que apenas pudieron esquivarlo.

Me di cuenta entonces que la sala se estaba llenando de humo y de olor a masa quemada.

–¡Nooo! –grité instintivamente y, como única respuesta al pedido de Catalina, salí corriendo hacia la cocina.

Al entrar, el humo lo envolvía todo. Fui directo a sacar el pastel del horno. Por supuesto, ya era un montón de carbón. Aún con la asadera en la mano, esparciendo humo y regando lágrimas, volví a la sala principal. Catalina y sus padres ya se habían ido. Mejor dicho, ya habían sido echados. En ese momento sentí una soledad profunda.

—Macías. —Desde algún lugar llegaba la voz de mi abuelo. Me di vuelta despacio y lo miré, pero era como si mi mirada lo atravesase y fuese mucho más allá, hacia el río, hacia Argentina, hacia el horizonte, y más lejos también. Me sentía en una nebulosa. Parecía que hubiese explotado una bomba de estruendo al lado de mi cabeza.

—Macías —insistió mi abuelo, tomándome suavemente por un brazo —, debo decirte que Usher es tu abuelo, el papá de tu mamá.

No esboqué ninguna reacción, simplemente continué llorando.

—Escucha, mi niño —continuó mi abuelo —, la vida muchas veces te planteará momentos amargos, dificultades, grandes retos. Para vencerlos, deberás enfrentarlos, tomar decisiones. Eso te convertirá en un hombre, dejarás de ser «mi niño». Hoy es uno de esos días... ¿Me escuchas?

Asentí con la cabeza.

—Está bien —me dijo, dándome un abrazo—. Ahora necesito que vayas un rato a tu cuarto. Debemos conversar temas muy importantes con tu abuelo.

Me quedé quieto, sin atinar a responder nada. Entonces mi abuelo insistió:

—No bien hayamos terminado te llamo para que hablemos. ¿Recuerdas que había cosas que no te podía contar? Llegó el momento de que las sepas. Pero primero, ¿puedes hacerme ese favor? Nuevamente asentí con la cabeza. El abuelo me abrazó con más fuerza y luego me soltó.

—Ve mi niño. Enseguida hablaremos. —Mientras me despedía con estas palabras, creí ver que sus ojos también estaban húmedos.

Giré y, sin mirar atrás, dirigí los pasos hacia mi habitación.

